

# *Ontología del Encuentro: Consideraciones para el diálogo y el encuentro intercultural*

RAFAEL ANTOLÍNEZ CAMARGO\*

**RESUMEN:** En este artículo se trata de dilucidar, qué es eso que llamamos encuentro, en qué consiste el acto de encontrarse. El tema será abordado en tres breves apartados: 1. *Polisemia y Autenticidad del término Encuentro*, 2. *La alteridad como dimensión radical del hombre* y, 3. *Algunos hitos históricos del encontrarse entre culturas*. El encuentro entre culturas estuvo en el pasado afincado en la *identidad*: me encuentro con los iguales o idénticos; está, hoy, asentado en la *diferencia*: me encuentro con los otros reconociendo su diferencia; ha de estar fundado, en adelante, en la *diversidad*: me encuentro con los otros en tanto diversos.

*Es conveniente conocer algo de las costumbres de diversos pueblos, para juzgar de las nuestras con criterio más sano y para no pensar que todo lo que se opone a nuestros usos sea ridículo y contra razón, como suelen hacer los que no han visto nada.*

René Descartes

## Introducción

Aquí trataremos de dilucidar, qué es eso a que se llama *encuentro*, en qué consiste el *acto de encontrarse*. Asunto que abordaremos en tres breves apartados: 1. *Polisemia y Autenticidad del término Encuentro*, 2. *La alteridad como dimensión radical del hombre* y, 3. *Algunos hitos históricos del encontrarse entre culturas*.

N

\* *Universidad de Santo Tomas (Bogotá, Colombia)*. – This text can be quoted as follows: Rafael Antolínez Camargo, “*Ontología del Encuentro: Consideraciones para el diálogo intercultural*”. In: João J. Vila-Chã (Org.), *Order and Disorder in the Age of Globalization(s): Philosophy and the Development of Cultures*. Fourth World Congress of COMIUCAP (Johannesburg, South Africa), November of 2013.

## 1. Polisemia y Autenticidad del término Encuentro

El término *encuentro* es una voz polisémica. El diccionario de la RAE, al definirlo, le confiere diecinueve significados. Entre ellos, son de nuestro particular interés: “Acto de coincidir en un punto dos o más cosas, por lo común chocando una con otra; Acto de encontrarse (hallarse dos o más personas); Oposición, contradicción; Discusión, pelea o riña; Entrevista entre dos o más personas con el fin de resolver o preparar algún asunto; *Mil.* Choque, por lo general inesperado, de las tropas combatientes con sus enemigos(...)”<sup>1</sup>.

*Encuentro* es, de algún modo, el acto de *encontrar* o de *encontrarse*. *Encontrar* puede significar: “Dar con alguien o algo que se busca; Dar con alguien o algo sin buscarlo; Dicho de una persona: Tropezar con otra; Oponerse a alguien, enemistarse con él; Dicho de dos o más personas o cosas: Hallarse y concurrir juntas a un mismo lugar; Hallarse en cierto estado. *Encontrarse enfermo*; Opinar diferentemente, discordar de otros; Conformar, convenir, coincidir; Hallar algo que causa sorpresa. *Se encontró con aquella catástrofe*”<sup>2</sup>.

El término *encontrar* se deriva del latín *in cōtra*. *Cōtra*: “frente a”, “contra”<sup>3</sup>. *Encontrarse* interpreta también como “salir al encuentro”, “hallar”<sup>4</sup>. El término *encuentro* está emparentado con las voces: *desencuentro*, *encontrón* y *encontronazo*. *Desencuentro* es un “encuentro fallido o decepcionante; desacuerdo o discordia”. *Encontrón* significa “golpe que da algo contra otra cosa cuando una de ellas, o las dos, van impelidas y se encuentran; encuentro sorprendente o inesperado entre personas o de personas y cosas. *Encontronazo* es equivalente a *encontrón*”<sup>5</sup>. Con cierto matiz interpretativo, podría considerarse que los términos *desencuentro*, *encontrón* y *encontronazo*, son algo así como antónimos de la voz *encuentro*. Es un matiz que no tolera el uso académico de los términos, conforme a lo dispuesto por la Real Academia Española, pero que en los usos cotidianos de los mismos pueden interpretarse como cobrando el sentido de antónimos, como contrarios a *encuentro*.

Como sabemos, conforme al pensamiento de Xavier Zubiri, las cosas del mundo tienen *locus*, están colocadas unas entre otras o al lado de otras; los vivientes, incluyendo al hombre, tenemos *locus* y *situs*. No sola-

**N**

<sup>1</sup> REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, Rotapapel, vigésima segunda edición, 2001, p. 613.

<sup>2</sup> *Ibíd.* p. 612.

<sup>3</sup> COROMINAS, Joan, *Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana*, Madrid, Gredos, 1954, Vol. I, A-C, p. 890.

<sup>4</sup> COROMINAS, Joan, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos, 2ª ed., 1967, p. 169.

<sup>5</sup> REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *op.cit.*, pp. 527 y 612.

mente estamos colocados entre las cosas sino, también, situados frente a ellas. Las cosas tienen sustancialidad, los vivientes tenemos sustantividad, esto es, control e independencia respecto del medio. Los vivientes tenemos *entorno y medio*, algo que no tienen ni pueden tener las simples cosas. El hombre, el viviente racional, además de entorno y medio tiene mundo. El movimiento de las meras cosas consiste en trayectoria; el movimiento de los vivientes es decurso vital. Por ello, considero que las cosas no se *encuentran* ni realizan el acto de encontrarse. Pueden colisionar, pero no encontrarse en sentido auténtico.

Tratándose de lo humano, la cultura es un fenómeno universal peculiarmente humano, el término *encuentro* cobra sentido primordial y carácter plenario. La cultura constituye la condición de posibilidad original y originaria del *encuentro*; en ella y a través de ella, el hombre se plenifica, es más humano, en la mediación del *encuentro* y del *acto de encontrarse con los otros*, con los demás seres humanos. Según Enrique Dussel,

Un 'encuentro' es, exactamente, el cara-a-cara de dos personas como realización de un movimiento de ir hacia el otro en la libertad, el afecto, y esto mutuamente. Cada uno va hacia el otro sabiendo que el otro viene hacia uno, en el reconocimiento del otro como otro y en el respeto de su exterioridad digna. Pero si el encuentro es desigual, en el sentido que uno va hacia el otro con la intención de constituirlo como 'ente-explotable', ya no puede haber 'encuentro' y hay que encontrar la palabra apropiada para tal acontecimiento<sup>6</sup>.

*Encuentro es un cara-a-cara* que hace posible la irrupción del otro en mi propia vida y de mí, en la vida de los demás; así lo entiende Angel Gabilondo:

La conjunción del cara-a-cara es un verdadero soportar la mirada y la palabra en su irreductible alteridad y, sin embargo, proximidad. Dicha proximidad obedece a un trabajo que podría llamarse de la 'memoria'. Con ella retorna la cuestión de la escritura, de su insuficiencia sin la reescritura del leer, sin la alteridad de la irrupción del otro, sin la iterabilidad (repetición/alteridad) que comporta, sin su reiteración<sup>7</sup>.

Algo semejante expresa Levinas en su libro *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*:

La epifanía del rostro como rostro, introduce la humanidad. El rostro en su desnudez de rostro me presenta la indigencia del pobre y del extranjero; pero esta pobreza y este exilio que invocan a mis poderes, me señalan, no se entregan a estos poderes como datos, siguen siendo expresión del rostro. El pobre, el extranjero

**N**

<sup>6</sup> DUSSEL, Enrique, "Del descubrimiento al desencubrimiento (Hacia un desagravio histórico)", en AA.VV., *Nuestra América y el V Centenario*, Quito, El Duende, 1990, p. 82. En esta definición de encuentro Dussel interpreta a THEUNISSEN, Michael, *Der Andere*, Gruyter, Berlín, 1965, el concepto de "encuentro" (Begegnung), en pp. 259 y ss.

<sup>7</sup> GABILONDO, Angel, *La vuelta del otro. Diferencia, Identidad, Alteridad*, Madrid, Trotta-Universidad Autónoma de Madrid, 2001, p. 216.

se presentan como iguales (...). El *tú* se coloca ante *un nosotros*. Ser *nosotros* no es 'atropellarse' o darse codazos en torno de una tarea común. La presencia del rostro – lo infinito del Otro – es indigencia, presencia del tercero (es decir, de toda la humanidad que nos mira) y mandato que manda mandar<sup>8</sup>.

En definitiva, un auténtico encuentro intercultural ha de tener por vocación histórica, la realización y el cumplimiento de una voluntad probada de humanidad: es la concordia como tarea. Es algo que Kant atisbó en la *Paz perpetua*. Algo a lo que Heidegger se dedicó en sus "*Caminos de conversación*":

La verdadera comprensión mutua entre los pueblos, no puede comenzar y cumplirse sino por una meditación conducida recíprocamente en el seno de un dialogo de creadores acerca de la herencia y la tarea que les han sido otorgadas por la historia. En esa meditación los pueblos se vinculan con aquello que les es propio y se sujetan a ello con una lucidez y una resolución crecientes. Pues eso que un pueblo tiene de más propio es esa obra de creación que le ha sido asignada y por la cual se penetra de su misión histórica, y todo él se supera; de este modo y solamente de este modo accede a sí mismo(...). El acuerdo, en su sentido auténtico, es, a partir de una necesidad reciproca, la valentía soberana de reconocer eso que el otro tiene de propio. Un acuerdo (una alianza), históricamente creadora no es jamás un sentimiento de debilidad propia, sino algo que supone, muy por el contrario el verdadero orgullo de los pueblos<sup>9</sup>.

## 2. La alteridad como dimensión radical del hombre

El hombre, según Xavier Zubirí, es una realidad personal, un animal de realidades que, como tal, se encuentra abierto y vertido, en relaciones de respectividad, *hacia sí mismo*, su propia interioridad; *hacia lo otro*, las cosas y el mundo; *hacia los otros*, los demás seres humanos, y *hacia el absolutamente otro*, Dios<sup>10</sup>. Que el hombre sea una *realidad formalmente abierta* a todas las demás realidades, que constitutivamente posea una *dimensión de alteridad*, son asuntos amplia y profundamente tratados por el *personalismo*, en sus distintas vertientes y, de algún modo, por los existencialismos, tanto teístas como ateos.

La *apertura* del hombre hacia los demás, hacia los otros seres humanos puede cobrar el carácter de *alteridad* y *alienidad*. El término *otro* deriva del latín *Alter* – *ĕra, ĕrum*, con el que se sustituyó *alius* (otro) y significa "el otro entre dos, el otro, el segundo, opuesto, desfavorable". *Aliénus, a, um*

**N**

<sup>8</sup> LEVINAS, Emmanuel, *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad* (Trad. del Francés por Daniel E. Guillot), Salamanca, Sígueme, 1977, p. 226.

<sup>9</sup> HEIDEGGER, Martin, "Caminos de conversación", s. p. i., pp. 333-335.

<sup>10</sup> Ver ZUBIRÍ, Xavier, *Sobre el hombre* (Edición preparada por Ignacio Ellacuría), Madrid, Alianza Editorial – Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1986; *Estructura Dinámica de la Realidad* (Presentación por Diego Gracia), Madrid, Alianza Editorial; Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1989, y *El Hombre y Dios* (Presentación por Ignacio Ellacuría), Madrid, Alianza Editorial; Sociedad de Estudios y Publicaciones, 2ª ed., 1985.

significa ajeno, extraño (de otra familia), extranjero, impropio, desfavorable, enemigo, perjudicial, ignorante, desconocedor. En latín, extranjero se expresa también con el término *alienígena* (de *Aliénus, geno*)<sup>11</sup>.

Los caracteres de *alteridad* y *alienidad* matizan los rasgos del *encuentro* del *acto de encontrarse*. Así lo expresa Alberto Cárdenas, en un texto breve sobre *Fenomenología Tomista de la Justicia*:

El *encuentro destructivo y excluyente* impide toda convivencia y solamente termina cuando uno puede aniquilar o someter al otro. Pero, en la fenomenología tomista, lo primordialmente natural, descubiertas sus semejanzas, es el mutuo reconocimiento entre uno y otro, pues “*todo hombre es para todo hombre un familiar y un amigo*” (“*omnis homo omni homini familiaris et amicus*”); de ahí que la experiencia espontánea *no sea de alienidad*. Puesto que lo más productivo es *respetarse*, es decir, aceptar la existencia y la identidad del otro, se impone la *relación de alteridad* en la cual se descubre la intersubjetividad, aquello que se da entre uno y otro y puede ser compartido<sup>12</sup>.

La apertura, en este caso, hacia los demás, es condición de posibilidad para el ulterior mutuo reconocimiento. Sobre el mutuo reconocimiento es archiconocida la “Dialéctica del reconocimiento” propuesta por Hegel en su *Fenomenología del Espíritu*<sup>13</sup>, que ha tenido una importante aplicación en la obra de Charles Taylor, que al respecto escribe: “La tesis es que nuestra identidad se moldea en parte por el reconocimiento o por falta de este; a menudo también, por el *falso* reconocimiento de otros”<sup>14</sup>. Es algo que también recogen, de algún modo, los desarrollos teórico-prácticos de la propuesta de una filosofía intercultural liderada por Raúl Fornet-Betancourt. Por su parte, Cárdenas agrega:

En las relaciones de “*alteridad*” o cercanía y las de máxima lejanía y extrañamiento, *alienidad*, Aranguren descubre las relaciones de “*alidad*”, de “*alius*” = el otro reconocido como prójimo, pero distante, con el cual no hay intersubjetividad inmediata, con-vivencia. Si con el “*alter*” se con-vive (se comparte el mismo tiempo y espacio), con el ‘*alius*’ se co-existe (se comparte el mismo tiempo). Con el “*alienus*” no se comparte nada, a no ser el tiempo colmado de amenazas, generador de angustiosa incertidumbre. Con el “*alter*” se da la comunidad. Con el “*alius*”, la sociedad. Con el “*alienus*” se vive en guerra defensiva u ofensiva<sup>15</sup>.

N

<sup>11</sup> COROMINAS, Johan, *Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana y Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, pp. 596-697 y pp. 14-15, respectivamente.

<sup>12</sup> CARDENAS PATIÑO, Alberto, “Fenomenología tomista de la justicia”, Bogotá, D.C., Universidad Santo Tomás, Facultad de Derecho, inédito, p. 1.

<sup>13</sup> En la obra de Hegel, según Levinas, “La relación entre el amo y el esclavo puede considerarse como lucha, pero en tal caso se convierte en relación recíproca. Hegel nos ha enseñado minuciosamente el modo en que el amo se convierte en esclavo del esclavo y el esclavo en amo del amo”. Cf. LEVINAS, Emmanuel, *El Tiempo y el Otro* (Introducción de Félix Duque; Trad. del francés por José Luis Pardo Torío), Barcelona, Paidós Ibérica; Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Barcelona, 1993, p. 130.

<sup>14</sup> TAYLOR, Charles, *El multiculturalismo y “La política del reconocimiento”* (Trad. de Mónica Utrilla de Neira), México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 43.

<sup>15</sup> CARDENAS PATIÑO, Alberto, *op. cit.*, p. 2.

### 3. Algunos hitos históricos del encontrarse entre culturas

En estas coordenadas, queremos ahora indicar, raudamente, algunos hitos históricos que tematizan el *encuentro* con el *otro*, el *acto de encontrarse* entre diversos pueblos y culturas.

#### a) Los griegos y los “otros”

Los griegos llamaron a los “otros” *βάρβαρος*, que significa extranjero, esto es, que no es griego, sino bárbaro. Heródoto de Halicarnaso, a quien se ha considerado “padre de la historia”, en su obra, titulada *Historia*, por unos, y *Los nueve libros de la historia*, por otros, escribe:

La publicación que Heródoto de Halicarnaso va a presentar de su historia, se dirige principalmente a que no llegue a desvanecerse con el tiempo la memoria de los hechos públicos de los hombres, ni menos a oscurecer las grandes y maravillosas hazañas, así de los griegos, como de los barbaros. Con este objeto refiere una infinidad de sucesos varios e interesantes, y expone con esmero las causas y motivos de las guerras que se hicieron mutuamente los unos y los otros<sup>16</sup>.

Heródoto, en su encuentro con los “otros”, utiliza la voz bárbaro en el sentido de extranjero y no en el sentido descalificativo del otro:

De todos los bárbaros, a lo menos que yo sepa, fue Gyges el primero que después de Mydas, rey de la Frigia e hijo de Gordias, dedico sus ofrendas en el templo de Delfos, habiendo Mydas ofrecido antes allí mismo su trono real (pieza verdaderamente bella y digna de ser vista), donde sentado juzgaba en público las causas de sus vasallos, el cual se muestra todavía en el mismo lugar en que las grandes tazas de Gyges<sup>17</sup>.

Su descripción de los “otros”, aun reconociendo que tienen distintos usos y costumbres, es respetuosa: “Los cocodrilos son para los egipcios sagrados y divinos; para otros, al contrario, objeto de persecución y enemistad”<sup>18</sup>. Y al comparar las costumbres de los egipcios con las de los griegos, dice:

Otra costumbre guardan los egipcios, en la que se parecen no a los griegos en general, sino a los lacedemonios, pues que los jóvenes, al encontrarse con los ancianos, se apartan del camino cediéndoles el paso, y se ponen en pie al entrar en la pieza los de mayor edad, ofreciéndoles luego su asiento. Pero en lo que a ninguno de los griegos de parecen aquellos pueblos es que en vez de saludarse con corteses palabras, se inclinan profundamente al hallarse en la calle, bajando su mano hasta la rodilla<sup>19</sup>.

**N**

<sup>16</sup> HERÓDOTO DE HALICARNASO, *Los nueve libros de la historia* (Trad. del griego al castellano por el P. Bartolomé Pou, de la Compañía de Jesús), Colección Obras Maestras, Barcelona, Joaquín Gil Editores, 1947, Vol. I, p. 10. Cada uno de los nueve libros que componen la *Historia* de Heródoto esta titulado con el nombre de una de las nueve musas: Clío, Euterpe, Talía, Melpómene, Terpsicore, Erato, Polimnia, Urania, y Calíope.

<sup>17</sup> *Op. cit.*, *Clio*, p. 18.

<sup>18</sup> *Op. cit.*, *Euterpe*, p. 152.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 156.

Heródoto reconoce que, en el *encuentro de los griegos con los otros*, los bárbaros o extranjeros, ambos se han enriquecido mutuamente: ya por el intercambio de los bienes comerciales, ahora por el influjo mutuo de sus costumbres, ya por el conocimiento de sus distintas ciencias, otrora por el intercambio de golpes de espadas y de lanzas, en los escudos.

En su libro *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Tucídides compara a los griegos con los bárbaros:

De aquella antigua costumbre de robar y saltear, quedó la de usar armas, porque todos los de Grecia las llevan, a causa de tener las moradas no fortalecidas y los caminos inseguros. Acostumbran pues a vivir armados, como los bárbaros; y esta costumbre que se guarda en toda Grecia es señal de que en otro tiempo vivían todos así. Los atenienses fueron los primeros que dejaron las armas, y esta manera de vivir disoluta, adoptando otra más política y civil<sup>20</sup>.

En su *Política*, Aristóteles da al término *bárbaro* un matiz distinto, desde los postulados del derecho natural, citando a los poetas: “Esta puesto en razón que los griegos manden a los bárbaros”, dando así a entender que por naturaleza es lo mismo ser bárbaro que ser esclavo<sup>21</sup>. La Cultura Griega, de hecho, “llamó bárbaros a quienes no compartían sus ideales culturales”<sup>22</sup>, haciendo alusión a Hermipo, quien “decía que por tres cosas daba gracias a la fortuna: la primera, por haber nacido hombre y no bestia; segunda, varón y no mujer; tercera, griego y no bárbaro”<sup>23</sup>.

### **b) Roma y los “otros”**

Los romanos, por su parte, entendieron a los “*otros*” como bárbaros en el sentido de ‘*alius*’ y ‘*alienus*’. El alter de los “*otros*” sólo será reconocido en la medida en que se adapten al Imperio Romano. Roma se impone.

Una obra clave para entender este *encuentro* o, mejor, *encontronazo* de culturas es el libro de Cayo Julio César *Comentarios de la Guerra de las Galias*. Ahí se escribe:

Toda la Galia está dividida en tres partes: una que habitan los belgas, otra los aquitanos, la tercera los que en su lengua se llaman celtas y en la nuestra galos. Todos estos se diferencian entre sí en el lenguaje, costumbres y leyes. A los galos separa de los aquitanos el río Garona, de los belgas el Marne y Sena. Los más valientes de todos son los belgas que viven muy remotos del fausto y delicadeza de nuestra provincia; y rarísima vez llegan allá mercaderes con cosas a propósito para enflaquecer

**N**

<sup>20</sup> TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* (Introducción de Edmundo O’Gorman, Trad. del griego por Diego Gracián), México, Porrúa, 1ª ed. en Colección “Sepan Cuantos...”, 1975, p. 4.

<sup>21</sup> ARISTÓTELES, *Ética Nicomaquea. Política* (Versión española e introducción por Antonio Gómez Robledo), México, Porrúa, 1ª ed. en Colección “Sepan Cuantos...”, 1967, p. 158.

<sup>22</sup> Cf. SOTO POSADA, *En el principio era la Physis: El lógos filosófico de griegos y romanos*, Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana, 2010, p. 12.

<sup>23</sup> LAERCIO, Diógenes, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres* (Trad. del griego y Notas por José Ortiz y Sanz), Madrid, Aguilar, 1964, I, Tales, 10, p. 1145.

los bríos; y por estar vecinos a los germanos, que moran a la otra parte del Rin, con quienes traen continua guerra. Esta es también la causa por qué los helvéticos se aventajan en valor a los otros galos, pues casi todos los días vienen a las manos con los germanos, ya cubriendo sus propias fronteras, ya invadiendo las ajenas<sup>24</sup>.

Julio César presenta en esta obra una exquisita descripción de las costumbres y modos de vida de los diversos pueblos que conformaban las Galias. Es su visión de lo encontrado, de los “*otros*”. En el *Libro Sexto* (53 A.C.), refiriéndose a los galos y a los germanos, escribe (XIII):

En toda la Galia dos son los estados de personas de que se hace alguna cuenta y estimación. Los plebeyos son considerados como esclavos, que por sí nada emprenden, ni son jamás admitidos a consejo. Los más, en viéndose adeudados o apremiados del peso de los tributos o de la tiranía de los poderosos, se dedican al servicio de los nobles, que con ellos ejercitan los mismos derechos que los señores con sus esclavos. De los dos estados, uno es de los druidas, el otro de los caballeros<sup>25</sup>.

Y agrega (XXI):

Las costumbres de los germanos son muy diferentes, pues ni tienen druidas que hagan oficio de sacerdotes ni preparan sacrificios. Sus dioses son sólo aquellos que ven con los ojos y cuya beneficencia experimentan sensiblemente, como el sol, el fuego y la luna; de los demás ni aun noticia tienen. Toda la vida gastan en la caza y en ejercicios de la milicia<sup>26</sup>.

En los galos, ve Julio César un pueblo apto para asimilar las costumbres de Roma; en los germanos, por el contrario, un pueblo belicoso, poco civilizado, una amenaza para el Imperio. De otra parte, sobre el encuentro entre romanos y galos son de mucho divertimento las historietas cómicas de *Asterix el Galo*, creadas por René Goscinny y Albert Uderzo, que empezaron a ser publicadas en 1959, y que narran la vida cotidiana de una aldea de la Galia, que no ha podido ser conquistada por los romanos.

### c) *Marco Polo y los “otros”*

*El Libro de Marco Polo sobre las cosas maravillosas de Oriente*, es la exquisita descripción de un viaje que duró veintiséis años: “Yo, Marco Polo, habitante de Venecia voy a contar en este libro las cosas maravillosas que vi del mundo, especialmente de las regiones de Armenia, Persia, India y Tartaria, así como de otras muchas regiones lejanas”<sup>27</sup>. En realidad, Marco Polo no interpreta a los “*otros*” como bárbaros por razón de sus costumbres tan diferentes. Hay en él, además de la mirada de un viajero,

**N**

<sup>24</sup> CAYO JULIO CÉSAR, *Comentarios de la Guerra de las Galias y Guerra Civil* (Prólogo de Xavier Tavera), México, Porrúa, 7ª ed. en Colección “Sepan Cuantos...”, 2001, *Libro Primero* (58 A.C.) p. 1.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 94.

<sup>26</sup> *Ibid.*, pp. 96-97.

<sup>27</sup> POLO, Marco, *El Libro de Marco Polo sobre las cosas maravillosas de Oriente* (Ilustrado por Olga Cuellar), Bogotá, D.C., Alcaldía Mayor de Bogotá, D.C., Colección Libro al Viento, 2007, p. 15.

la visión de alguien familiarizado con el comercio de mercaderías. Esto lo hace distinto: un mercader ve en el otro un posible cliente; el cliente ve en el mercader alguien que puede satisfacer sus necesidades. En esta relación, en este encuentro con el otro lo que puede haber, y lo hay, es un mutuo beneficio.

Es inconcluso, y así lo dice la introducción, que el mencionado libro sobre los viajes de Marco Polo de Venecia, tuvo dos propósitos fundamentales: por una parte, dar noticias a los emperadores de los reinos occidentales y a los pontífices de la Iglesia católica, sobre los imperios del Oriente y sus soberanos, en un tiempo donde la tranquilidad europea se veía amenazada; por otra, constituirse en un manual para uso de navegantes, mercaderes y comerciantes que osaran aventurarse hacia el Oriente, siguiendo las rutas de la seda y las especias<sup>28</sup>.

Así, por ejemplo, al referirse a los tibetanos, Marco Polo escribe:

Ahora contaré brevemente algo de la provincia llamada del Tibet, y es tan vasto este territorio que contiene ocho reinos propios y multitud de ciudades y pueblos. Hay también incontables ríos, lagos y montañas, donde abunda el oro. Poseen mucha canela y jengibre y gran cantidad de especias, desconocidas en nuestras tierras. Viven allí en esta región los peores hechiceros y astrólogos de todas aquellas tierras, pues son capaces de realizar los hechizos más extraños y las cosas más imposibles que se hayan visto o escuchado nunca en ningún lugar. Son cosas tan diabólicas, que no las relataré en este libro para no escandalizar a los lectores. Sólo diré que pueden causar tormentas y tempestades, con rayos y truenos, o, por el contrario, hacer desaparecer cualquier tempestad y hacer otras miles maravillas<sup>29</sup>.

Marco Polo de Venecia no sólo se encontró con los “otros”, ni meramente co-existió con ellos. Antes bien, con-vivió con ellos. Posiblemente, a diferencia de Marco Polo, para muchos europeos, los orientales eran bárbaros, en el sentido de extranjeros y por tener un *ethos* distinto. Por su parte, los habitantes de Chung Kuo, que es el nombre con el cual los chinos identifican su país, llamaron bárbaros a sus vecinos. Shao Yung (1011-1077), fundador de una escuela idealista filosófica, afirmaba: “Soy feliz porque soy un humano y no un animal; un hombre y no una mujer; un chino y no un bárbaro; y porque vivo en Loyang, la ciudad más maravillosa del mundo”<sup>30</sup>.

#### **d) España y “nosotros” los “otros”**

Francisco López de Gómara, capellán de Hernán Cortés, en su obra *Historia General de las Indias*, publicada en Zaragoza en 1552, se refiere a la proeza cumplida por Cristóbal Colón, con estas palabras:

**N**

<sup>28</sup> Cf. *op. cit.*, pp. 9-10.

<sup>29</sup> POLO, Marco, *op. cit.*, p. 68.

<sup>30</sup> Cit. por GARCIA, Victor, *La sabiduría oriental: Taoísmo, Budismo, Confucianismo* (Prologo de Ceferino Santos Escudero), Bogotá, Cincel-Kapelusz, 2ª reimp., 1988, p. 67.

La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de las Indias; y así las llaman Nuevo Mundo<sup>31</sup>.

En 1992, con ocasión del Quinto Centenario del llamado Descubrimiento de América, se suscitó una acalorada polémica entre defensores y detractores, que más que un *Encuentro de Dos Mundos* se definió como un *Encontronazo* y más que un *Descubrimiento*, como una *Invasión* y un *Encubrimiento* de América.

La invasión de América se sustentó, entre otras, en la idea de culturizar, de civilizar a los bárbaros. La Europa “cultura”, la España “cultura”, se consideró predestinada para culturizar a los “bárbaros” americanos que entendieron, primeramente como animales, después como sub-hombres y, finalmente, en mayo 2 de 1537, mediante la Bula *Sublimis Deus* de Paulo III, como hombres<sup>32</sup>. La conquista de los territorios del actual Brasil, por parte de la Corona Portuguesa, no fue del todo tan distinta de la emprendida por España. Las dos difieren de la conquista inglesa realizada en Norteamérica, entre otras cosas, por un hecho fundamental: el mestizaje.

Mestizaje que Gabriel Cevallos interpreta como “la tendencia humanitaria y la acción civilizadora – de España -, que se posibilitaban por el mejor camino posible: por la fusión cultural y el mestizaje racial”<sup>33</sup>. Ante el encubrimiento, Eduardo Galeano propuso emprender las Campañas de Autodescubrimiento, de lo que hemos sido, de lo que somos. Por eso, el pensamiento latinoamericano ha tenido como núcleo central de sus preocupaciones, el problema de la identidad, esto es, de nuestro propio ser, de nuestro propio *ethos*. “A lo largo de la historia de la América Latina se han planteado dos grandes problemas estrechamente relacionados entre sí: el de la identidad y, a partir de ella, el de su integración en relación distinta a la que le han venido imponiendo los colonizajes desde 1492”<sup>34</sup>.

A España le correspondió, según se dice por voluntad divina, expandirse como imperio para ser la vía de extensión de la fe en éstos confines del mundo. Así lo señala Vasco de Quiroga, en el Testimonio de la Catedral de Michoacán:

Plugo a la divina Voluntad, poner al frente de los Reinos de las Españas a héroes tan célebres, que no sólo vencieron a las espadas y máquinas de guerra de los bár-

**N**

<sup>31</sup> CEVALLOS GARCIA, Gabriel, *AMERICA: Teoría de su Descubrimiento*, Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Azuay, 1975, p. 7. Ver también: ZABALA, Silvio, *Filosofía de la Conquista*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª ed. corregida, 1972, p. 17.

<sup>32</sup> Cf. ANTOLÍNEZ CAMARGO, Rafael, “América: ¿Quinientos Años? De la cultura de la miseria a la cultura de la diversidad”, en *Cuadernos de Sociología*, Santafé de Bogotá, Universidad Santo Tomás, N° 32, Mayo de 1994, p. 8.

<sup>33</sup> CEVALLOS GARCIA, Gabriel, *op. cit.*, pp. 136-137.

<sup>34</sup> ZEA, Leopoldo (Comp.) en Prólogo a *Fuentes de la Cultura Latinoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, Vol. II, p. 7.

baros, sino que pródigos de su vida y de su patrimonio, penetraron – en compañía de una gran multitud de cristianos – por regiones incógnitas y remotísimas y, vencido el monstruo de la idolatría, plantaron por todas partes, entre los aplausos y felices augurios de la región cristiana, el Evangelio de vida, haciendo triunfar universalmente la bandera de la Cruz<sup>35</sup>.

No tuvimos un auténtico Encuentro de Dos Mundos, ni menos un Encuentro de Culturas<sup>36</sup>. El nuestro fue un *Encontronazo*. Así lo entendió el escritor guatemalteco Luis Cardoza y Aragón<sup>37</sup>. Una abundante literatura da cuenta de esta confrontación, que con el tiempo se definió como lucha entre *Civilización y Barbarie* y que, polarizada, dio origen a las llamadas *Leyenda negra* y *Leyenda rosa*, y a la idea de *Buen Salvaje*<sup>38</sup>. Aún resuenan para quienes quieran escuchar, las voces de Antón de Montesinos, Bartolomé de Las Casas, Francisco de Vitoria y Bernardino de Sahagún, entre otros. Hoy, el trabajo de la memoria, ante la ruina del tiempo, nos invita a recordar la pertinencia de las siguientes palabras de Paulo Freire:

Transcurridos quinientos años desde la conquista, mi postura actual no es la de quien se deja poseer por el odio a los europeos sino la de quien no se adapta a la perversidad intrínseca de cualquier forma de colonialismo, de invasión, de explotación. Es la de quien se niega a encontrar elementos positivos en un proceso perverso por naturaleza<sup>39</sup>.

En síntesis, cabe señalar que el llamado Descubrimiento de América nos dio a conocer nuevos mundos geográficos y nuevos mundos humanos. Nuestra relación con España inició en la forma de *alienidad* y, paulatinamente, devino *alteridad*. Fue sobre todo gracias a la obra intelectual de la Escuela Salmantina, cuyo pensamiento humanista y humanitario penetró las diversas esferas de la vida política, social y cultural. “Por primera vez en la Historia un conquistador filosofa y pone límites doctrinarios a su obra conquistadora”<sup>40</sup>.

**N**

<sup>35</sup> Cf. ZABALA, Silvio, *op. cit.*, p. 25.

<sup>36</sup> Ver ANTOLINEZ CAMARGO, Rafael, “12 de Octubre de 1992. Hacia un auténtico encuentro de Dos Mundos”, en *Optantes. A las puertas del Tercer Milenio*, Bogotá, Convento Santo Domingo, N° 3, Junio de 1992, pp. 9-12.

<sup>37</sup> Cit. por BENEDETTI, Mario, “La América por descubrir”, en *Nuestra América y el V Centenario*, Quito, El Duende, 1990, p. 18.

<sup>38</sup> Véase a modo de ilustración: DEFOE, Daniel, *Robinson Crusoe*, Bogotá, Comercializadora Cono Sur, 2011, pp. 202-205, donde el protagonista ocupa su imaginación en pensar cómo exterminar algunos salvajes en uno de sus crueles y sanguinarios festines, acción que no realiza por considerarlos desprovistos de la razón natural, por estar abandonados por Dios y movidos por una infernal depravación, algo que a su juicio justificaría la conducta de los españoles y todas las atrocidades que hicieron en América donde destruyeron a millones de personas inocentes, a pesar de que fueran bárbaros e idolatras.

<sup>39</sup> FREIRE, Paulo, “Descubrimiento de América”, en *Pedagogía de la Indignación* (Trad. por Ana Laura Granero), Buenos Aires, Siglo XXI, 2012, pp. 91-92.

<sup>40</sup> Ver CEVALLOS GARCIA, Gabriel, “Salamanca: Humanismo y Humanitarismo”, en *op. cit.*, pp. 137-145.

### e) Los “otros” y “nos-otros”

En nuestro *encuentro* con los otros, esos otros pueden aparecer como amigables, hostiles e indiferentes, como familiares o extraños, como próximos o distales, justamente por ser otros<sup>41</sup>. Las relaciones de *alteridad*, de *alienidad* y de *aliedad*, que son relaciones estrictamente humanas, hacen posible el encuentro, el desencuentro, el encontrón. Así por ejemplo, yo puedo estar contrariado *por* un perro que me atacó camino a casa; pero no puedo estar contrariado *con* el perro que me atacó camino a casa. Mis contrariedades, encuentros, desencuentros y encontronazos, dicen siempre relación a un *con* referido a otros seres humanos.

Al considerar el encuentro entre culturas, mi encuentro con los otros, el encuentro de los otros con nosotros y de nosotros con los otros, estimo muy significativas tres obras clásicas de la literatura universal, que no las únicas, por las luces que nos pueden aportar en la dilucidación de nuestro asunto: *Robinson Crusoe* (1719), *Viajes de Gulliver* (1726), y *El Extranjero* (1942).

El *Robinson Crusoe*<sup>42</sup>, de Daniel Defoe, es un naufrago que se debate entre una gran soledad y la urgencia de humanidad, que no es otra cosa que la urgencia de *alteridad*. En la alteridad y sólo en ella es posible el propio y el mutuo reconocimiento. Robinson Crusoe se reconoce como hombre frente a otro hombre, frente a Viernes; pero para poder hacerlo debe primero reconocer la humanidad de aquel, a quien consideraba salvaje, esclavo y súbdito (*alienidad*). Reconocer, además, que usos y costumbres distintas, no deben por ello tornarnos en hostiles ni enemigos. En la convivencia lo extraño ha devenido familiar; el súbdito ha devenido compañero.

Los *Viajes de Gulliver*<sup>43</sup>, de Jonathan Swift, evocan, a mi gusto, el carácter nómada primigenio de las culturas y su tránsito al carácter sedentario. Son por todos conocidos sus viajes a *Liliput*, el país de los enanos, y a *Brobdingnag*, el país de los gigantes. ¿Qué tipo de encuentro puede darse entre otros, que se consideran enanos, y nosotros, a quienes nos consideran gigantes? ¿Qué tipo de encuentro podremos tener nosotros frente a otros, a quienes estimamos gigantes? ¿Qué tipo de encuentro puede darse entre los que se consideran bárbaros, frente a los que se consideran cultos? ¿Qué tipo de encuentro puede darse entre subdesarrollo y desarrollo y entre saber científico y saberes ancestrales?

#### N

<sup>41</sup> Ver AROCENA, Felipe, *La mayoría de las personas son otras personas. Un ensayo sobre multiculturalismo en Occidente*, Montevideo, Estuario Editora, 2012, 310 pp. Con esta obra, su Autor obtuvo el Premio Nacional Anual de Literatura Uruguaya en el año 2011.

<sup>42</sup> DEFOE, Daniel, *Robinson Crusoe*, Bogotá, Comercializadora Cono Sur, 2011, 354 pp.

<sup>43</sup> SWIFT, Jonathan, *Viajes de Gulliver* (Trad. por Luis Echávarri; Ilustraciones de Maggi), Buenos Aires, Ediciones Peuser, 2ª ed. 1959, 275 pp.

Gulliver hizo otros viajes – omito los nombres propios de los lugares para evitar complicaciones fonéticas: A la isla que flotaba en el aire, a la tierra del progreso, a la isla de los hechiceros y los magos, al reino de los hombres inmortales, a Japón, y finalmente, al país de los caballos, donde los súbditos son los Yahoos, una raza parecida a la estirpe humana, pero sin los dones de la razón que allí es característica exclusiva de los caballos. Por tierras y culturas diversas anduvo Gulliver y en cada una vivenció un modo peculiar de encuentro con los “otros”. Otros, que no son mejores ni peores que nosotros; simplemente, son otros.

*El Extranjero*<sup>44</sup>, de Albert Camus, es el señor Meursault, un habitante de Argel, a quien “en nombre del pueblo francés le cortarían la cabeza en una plaza pública”. Su condena, más que por su crimen, se motivó en que él era *extraño*, en que había dado muestras de insensibilidad el día del entierro de su madre; en su no creer en Dios, pues sin la creencia en Dios la vida carece de sentido; en tener el alma endurecida o posiblemente no tener alma, en pensar que todo el mundo sabe que la vida no vale la pena de ser vivida. Su condena, en últimas, es el resultado de ser, de pensar y de sentir distinto: de ser extraño, de ser distinto.

La literatura, al igual que la historia o la filosofía, ha dado cuenta del modo en que unos pueblos y unas culturas han propiciado *encuentros*, *desencuentros* y hasta *encontronazos*. El encuentro auténtico, respetuoso, ha creado las condiciones de posibilidad para el mutuo reconocimiento; los desencuentros y los encontronazos han dado lugar al colonialismo y al neocolonialismo; a la exclusión, la dominación, la sujeción, la negación y, en algunos casos, el exterminio de los otros, por el simple hecho de ser otros.

En síntesis, el encuentro entre culturas estuvo en el pasado afinado en la *identidad*: me encuentro con los iguales o idénticos; está, hoy, asentado en la *diferencia*: me encuentro con los otros reconociendo su diferencia; ha de estar fundado, en adelante, en la *diversidad*: me encuentro con los otros en tanto diversos.

**N**

<sup>44</sup> CAMUS, Albert, *El Extranjero* (Trad. del francés por Bonifacio del Carril), Buenos Aires, Emecé Editores, 16ª ed., 1968, 155 pp.